

2023/ LIBRO 5

# **Esto es un cuerpo**

Cristina Fallarás & Nagore Lagarreta — Ángelo Néstore & Okaro — Aitana Cordero & Laura C. Vela — Aida González Rossi & Paula Yubero — Weldon Penderton & Laura San Segundo — Belén López Peiró & Lucía Antebi — Nerea Pérez de las Heras & Malu Reigal.

«Escribir solo para que el brillo de este momento nos libere de todo lo que nos dicen que somos. Pues mi culo es mi identidad, pues no venimos a aprender nada sino a mostrarle al mundo lo que ya sabemos hacer.»

**Aida González Rossi**

«Algo en mí me dice  
algo antiguo y pesado  
que no enseñe este poema  
como no se enseñan los culos.»

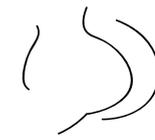
**Ángelo Nestore**

«No tendrás tetas, pero tenés culo, me dijo una vez un chico como un halago. Yo no me sentí halagada, me sentí en peligro..»

**Belén López Peiró**

«Me pregunto qué desayuna la  
persona que inventó la expresión  
cada quien hace de su culo un pito.»

**Aitana Cordero**



#5

**Esto *es* un cuerpo**



Tener conciencia del culo no es tarea fácil. La mayoría del tiempo vivimos desconectadas del propio cuerpo y, de entre todas sus partes, probablemente el culo sea la más ignorada. Si entendemos el cuerpo como un edificio, el culo es el trastero, donde huele a humedad y está oscuro. Ocupa un lugar escondido para nuestros ojos: es más fácil observar el ajeno que el propio, pero siempre está ahí.

El viaje del culo es desconocido y caótico. Nada le hace más gracia a un niño o niña que decir *caca culo pedo pis*, y pocas cosas le avergüenzan más al hombre heterosexual que hablar de su culo y la posibilidad de ser penetrado. El culo permanece atrapado en una guerra de poder como símbolo de sumisión, de un terreno disponible para los demás y negado a una misma. Nuestro culo siempre puede ser una diana a la que golpear o rozar disimuladamente en el metro. Un tocamiento sutil de culo supone un aviso: tengo poder sobre ti.

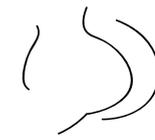
El culo, como todas las partes de nuestro cuerpo, se transforma con el paso del tiempo. El pelo pasa de unos lugares a otros, el pecho se cae, los pies se desgastan... y él sufre un viaje de la verticalidad a la horizontalidad. Del culo respingón e inquieto al culo que pasa media vida sentado, aplastado contra una silla, para acabar finalmente sobre una cama, entre pañales.

Quizás el culo es lo último en lo que nos fijamos cuando empezamos a habitar nuestro cuerpo. El culo de las almorranas, el de los pedos, el de la celulitis y también del lubricante y el placer. El culo estreñado, sinónimo de retener, de la dificultad para soltar y relajarse. Lo contrario es no poder contener, soltar sin medida, evaporarse.

Sin embargo ahora sabemos que en el intestino grueso hay tejido que alberga emociones, que las arrugas del ano hablan de nuestro carácter, y que la relación entre cerebro y culo es uno de los grandes campos que explorará en los próximos años la ciencia.

Dedicamos este número al culo porque exponernos es también reivindicarnos. La celulitis es para el culo lo que el relleno de algodón para una almohada, lo que la mantequilla para un bollo. Apostamos por unos culos libres, en movimiento, culos desbordantes, culos que perrean, en los que florezcan flores, no tabúes. Queremos liberarlos del peso de la supuesta moral femenina y convertirlos en símbolo de la revolución de un cuerpo demasiado castigado, demasiado invisibilizado. Queremos olerlos los culos sin sentir vergüenza.

Las editoras,  
noviembre de 2023



Diálogos

## CLUB DE ESCRITURA CON EL CULO

Aida González Rossi & Paula Yubero

P. y yo solo nos veíamos dos o tres días al año, en verano. Durante ese tiempo, nos convertíamos en otras niñas que eran más nosotras porque eran provisionales y a la vez las queríamos hacer durar para siempre. Así que todo era especial cuando estábamos juntas: irrepetible, tardes incapaces de suceder en cualquier otro lugar y en cualquier otro momento o cuerpo, apretar para ver si el sudor del fuerte calufo de mierda que lo odio se nos volvía a meter dentro y durábamos así sudándolo toda la vida, toda la vida entera.



Buscábamos constantemente formas de no separarnos el lunes, es decir: de dejarnos puesta la risa esa que nos asfixiaba sin parar, de que las paredes color garbanzo de mi casa mantuvieran la electricidad que se les pegaba cuando nos volvíamos locas, de que nuestras madres permanecieran distraídas y alegando sobre los nuevos cotilleos de las mujeres del club de escritura (*no era un taller era un club porque no íbamos a aprender nada sino a mostrarle al mundo lo que ya sabíamos hacer*) en el que se habían conocido hacía fleje de años, de inventarnos gamberradas con las que llenar ese cielo sin arrestos y exprimir a esas otras niñas que no se avergonzaban de estar echadas en mi cama sin la parte de abajo del bikini, con la piel del culo aún húmeda porque cuánta piscina, cuántas abejas muertas perseguidas buceando. Cuánto erizamiento ahí bajo el aire que nos chingaba el ventilador, y qué rico y que me meo, en serio, no te cagues más gufos, que me asfixio de la risa, para ya.

Estábamos entonces, por esa misma regla de tres, evitando ducharnos. Aprovechando el pestazo a café (un olor normal, repetido cualquier tarde en cualquier casa) que nos llegaba desde la cocina e indicaba que aún no había peligro. Aún la eternidad posible: los pelos de tacto cartón piedra chorreando cloro todavía, todavía sin saber cuánto y cómo nos habíamos quemado con el sol, todavía con el dolor de los mocos al haber sido arrastrados por litros y litros de pis ajena mezclada con sudor ajeno mezclado con pequeños escapes de diarrea flotando antes de disolverse como peces artificiales.

Nada normal. Nada propio de cualquier otra tarde.

Así que P. propuso (una actividad especial, jamás ocurrida a nadie en ninguna casa), por la eternidad: ¿a que no nos atrevemos a escribir con el culo, muchacha?

¿Cómo?

Jincándonos un creyón en el culo y usando las rajadas como si fueran manos. ¿A que no nos atrevemos, a que es demasiado heavy y me pasé como siempre? Vale. Pero las dos a la vez para que podamos formar un club.

Nos imaginamos a nuestras madres (ayudadas por los ecos de sus voces normales, cabientes en cualquier tarde en cualquier cocina en cualquier hogar) acodadas en las mesas de la casa de la cultura en la que se hicieron amigas, dispuestas alrededor de una cafetera y hablan-

do así como ellas hablaban: bla. Bla, bla, bla, bla, bla. Aburrimiento. Picor de cabeza. De debajo de las tetas un terrible picor, y vamos a escribir unos textos partiendo de la frase que se le ocurra a la monitora para luego enmarcarlos y colgarlos de las paredes de nuestros pasillos y obligar a nuestras hijas en sus vidas normales, cualquier tarde sin que puedan escaparse, a leerlos una y otra vez hasta que odien leer y a nosotras. Bla, bla, bla. Sí, sí, sí. Escribir es nuestra droga.

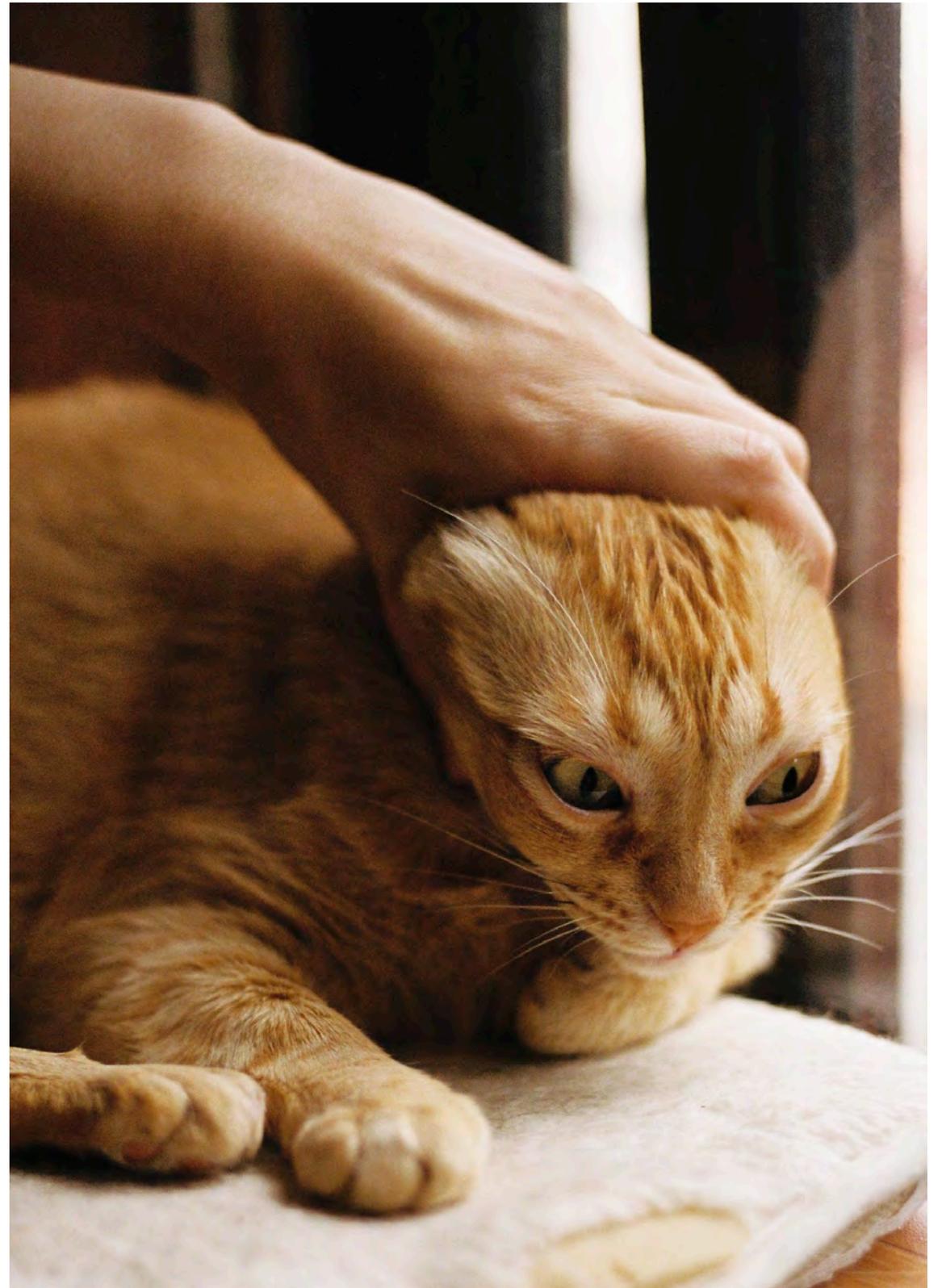
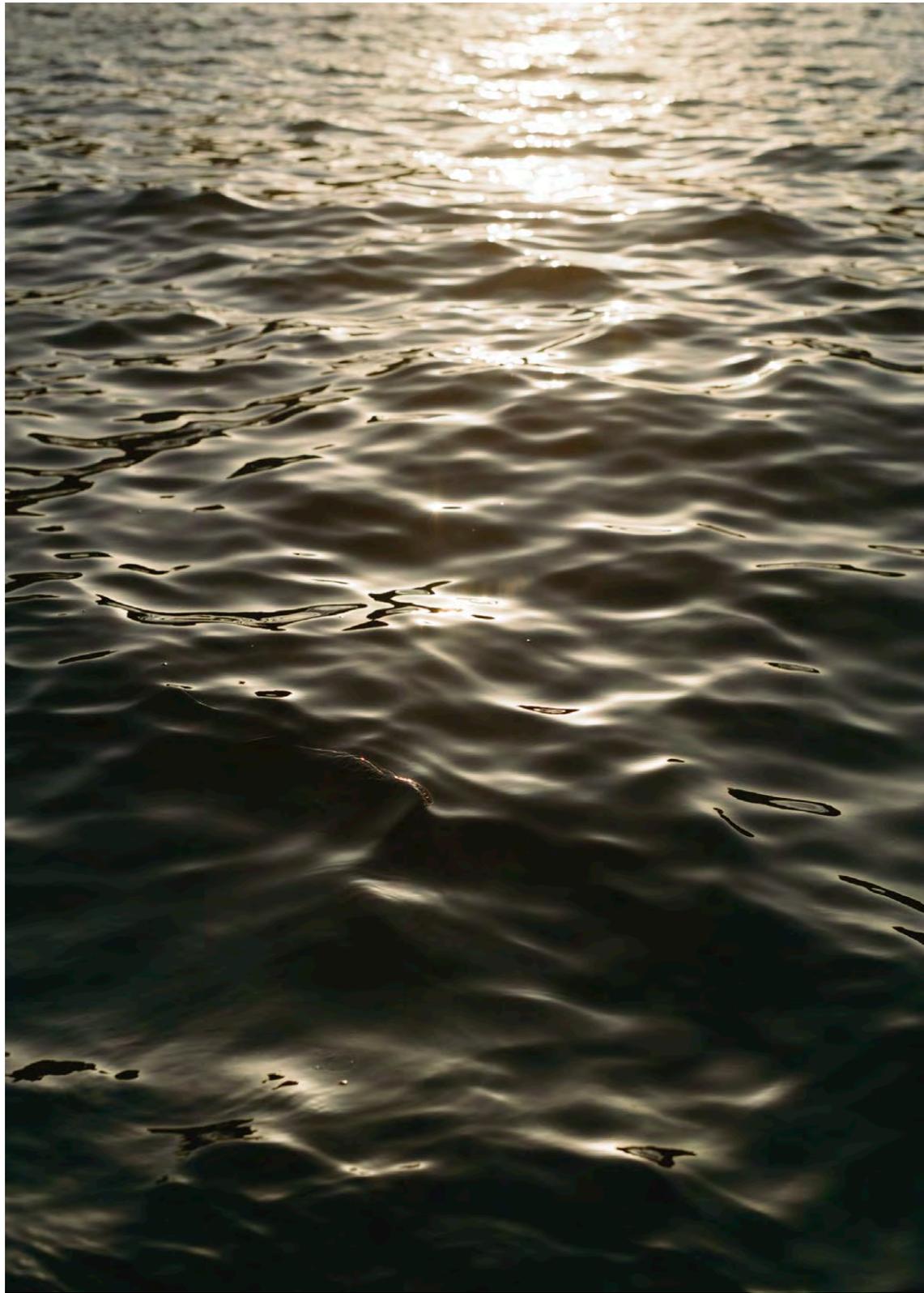
Me descojoné de una forma que casi no me caigo de la cama. P. se levantó y unos chorros muy finos del agua de los pelos se le resbalaron por los hombros. Ya se le notaba la piel pecuda, esos dos días de sol eran suficientes para ganarle a la poca luz que cogía en la ciudad y llenarla de puntitos iguales a la arena que siempre que ya se había ido yo deseaba haberle regalado en un botito. Cuando se agachó a coger los creyones de entre el desastre de juguetes y maquinitas que había en el suelo, el culo se le abrió como una boca en el dentista.

Enseguida el mío, que no era en ese momento la raja de niña gorda que durante el curso me aterraba que se me viera por encima de los vaqueros y que jamás de los jamases enseñaba a nadie porque (normalmente) era vergonzosa por supervivencia, con el lápiz verde encajado por las manos de P. Después yo a ella. Y a ser mejores que nuestras madres. A ser especialmente, viviendo una tarde como solo esa. Y a materializar la risa, el todavía me saben las flemas a piscina, en un papel capaz de colgarse en una pared y transmitir a tantas generaciones la sabiduría de nuestras mentes de solo dos o tres días cada verano y conseguimos que para siempre.

Escribir una sola palabra fue más difícil que sacarme luego toda la ESO.

Espera, me detuvo P. En el nombre de la jediondada te lo pido, no podemos abandonar. La misión que tenemos, este club, todo esto es más grande que nosotras mismas. Piensa en la eternidad y en lo que nuestras futuras hijas van a aprender de esta idea brutal que se me ocurrió a mí sin ayuda de nadie. Como ocurridora de la idea, se me ocurre ahora: nombrar monitoras del club de escritura con el culo a nuestros culos.

(Se subió las gafas por el puente como siempre hacía su madre al llamarnos a comer).



Usaremos estas primeras palabras escritas por nuestros culos como *disparadores*. Seguiremos las *normas dispuestas consecuentemente* por nuestros culos. *Redactaremos* sin que se nos olviden *dichos parámetros* y como si todo lo hubieran trazado nuestros anos pedorros empiscinados, pero con nuestro *toque inconfundible, enfoque propio y no por ello menos trabajado, pulida desaparición*.

(Estábamos tan pero tan jartitas de que nos contaran eso...).

Entre las dos, *decretamos* las *directrices* de nuestros culos para su *masterclass*:

1) Hablar siempre de alguna jediondada, pues el culo no puede desconocer su propia existencia: huele demasiado mal.

2) Calcar con los lápices cómo es que el cuerpo se siente en el momento, pues el culo no está pendiente de ideas raras y filosóficas, sino de si tiene ganas de cagar o no. Y eso cambia el ruido de los pedos, es decir, la *voz propia* esa.

3) Usar las palabras que usamos cuando hablamos distendidamente, pues los ruidos de los pedos son limitados y sus combinaciones, aun así, infinitas.

4) No ser normal ni un momento, pues, ¿te lo explico?, lo que estamos haciendo no es normal ni un fisco, y eso es lo mejor que tenemos. Cada culo es único. Todo el mundo conoce su propio culo a la propia perfección.

5) Guiarse por el gusto del lápiz rozando los pelos del culo. Cuanto más, más, pues escribir se hace por el ay inmediato de quiero que me brille este momento.

6) Escribir solo para que el brillo de este momento nos libere de todo lo que nos dicen que somos, pues mi culo es mi identidad, pues *no venimos a aprender nada, sino a mostrarle al mundo lo que ya sabemos hacer*.

Y así nos enviamos toda la tarde a escribir, y así supimos todos los mayores secretos de la otra al leer sus papeles pintorreteados que acabábamos y empezábamos una y otra vez siguiendo siempre la misma técnica (palabra inicial de trazo anal, texto final de trazo manual), y así le conté hasta lo del bullying y que no tenía más amigas fuera de nuestros veranos. Nos quisimos más que nunca así y nos mostramos así normales: nuestros pensamientos más profundos y oscuros no nos asustaron. Temblábamos de comprensión.

Y en una de esas a nuestras madres se les acabaron las jartadas de café y los rosquetes y los cotilleos, y tuvieron que ir a jodernos y saltaron por encima de nuestra ropa de piscina botada en la puerta del cuarto y nos encontraron todas rojas y sudorosas y sin bragas y cada una con un lápiz metido por el culo y bailando, y se enfadaron de una forma horrible que nos chillaron *pero serán guarras pero qué están haciendo pervertidas sexuales cacho de bolleras esto es inaudito las castigamos ya lo consiguieron eh sin volver a verse porque se van a pudrir la una a la otra y tenemos que protegerlas de sus impulsos cómo dejamos que pasara algo así qué ejemplo les hemos dado, nos avergonzamos de tenerlas, coño ya*.

*Hasta nunca.*



Pero yo jamás me olvidé de aquellos especialmente días. Jamás dejé de ser del club de escritura con el culo. Lo llevé conmigo cuando me di cuenta de que después de eso iba a volver a ser solamente un culo gordo de niña gorda en silencio. Cuando volví al colegio y me estregaron por la cara un bocadillo de chorizo Revilla abierto para que me salieran más y más espinos. Cuando pasé al instituto y me acusaron de tener piojos y nadie me habló durante todo un curso. Cuando las dos chicas que fumaban en el baño del patio empujaron la puerta del váter en el que estaba y me rajaron la espalda con sus uñas de gel rosadas. Cuando escuché música hasta dolerme los oídos durante tardes enteras porque con quién iba a salir. Cuando conocí gente por el Messenger y me hice pasar por flaca. Cuando les confesé mi culo gordo con una foto que me había sacado mi madre apoyada en un pino de Vilaflor y todavía cabreada por lo del verano aquel. Cuando me quisieron como era y flipé y les conté mis pensamientos y mojé el teclado de lágrimas porque desde hacía mucho tiempo, tanto. Cuando me bloquearon porque era demasiado pesadita.

Cuando, como no había quién, me abrí un blog y empecé a colgar mis cosas y me entraron comentarios de estás loquísima, me encanta, eres súper interesante, te amo, cómo puedes ser tan auténtica y divertida, te admiro, siento que hayas sufrido tanto, pero lo escribes de una forma que engancha hasta al más desenganchado de leer, en serio. Cuando tuve ya mil seguidores y unas amigas del pueblo de al lado a las que conocí en una quedada con los fans de Tenerife de mi blog.

Cuando mis amigas y yo nos dedicamos a hacer cosas normales, todos los días y en cualquier lugar, que eran tan especiales como las que solo pasaban una vez. Cuando me convencieron de que no solo era interesante, también guapa, y descubrí que mi culo de adolescente gorda no era simplemente útil para escribir, también hermoso. Cuando, ya en la universidad y todas viviendo juntas en un piso de estudiantes compartido, empecé a vestirme de colores y a maquillarme y supe que esas normas en parte hablaban sobre no tener vergüenza, porque la vergüenza (hasta nunca) es lo que impide que admitamos todo lo que conocemos las personas sobre nuestros propios culos, lo que nos pide iguálense y si tienes un culo de niña gorda no puede ser sino un culo de niña gorda sin más y que te escupan en los pelos te encierra en unos pelos escupidos.



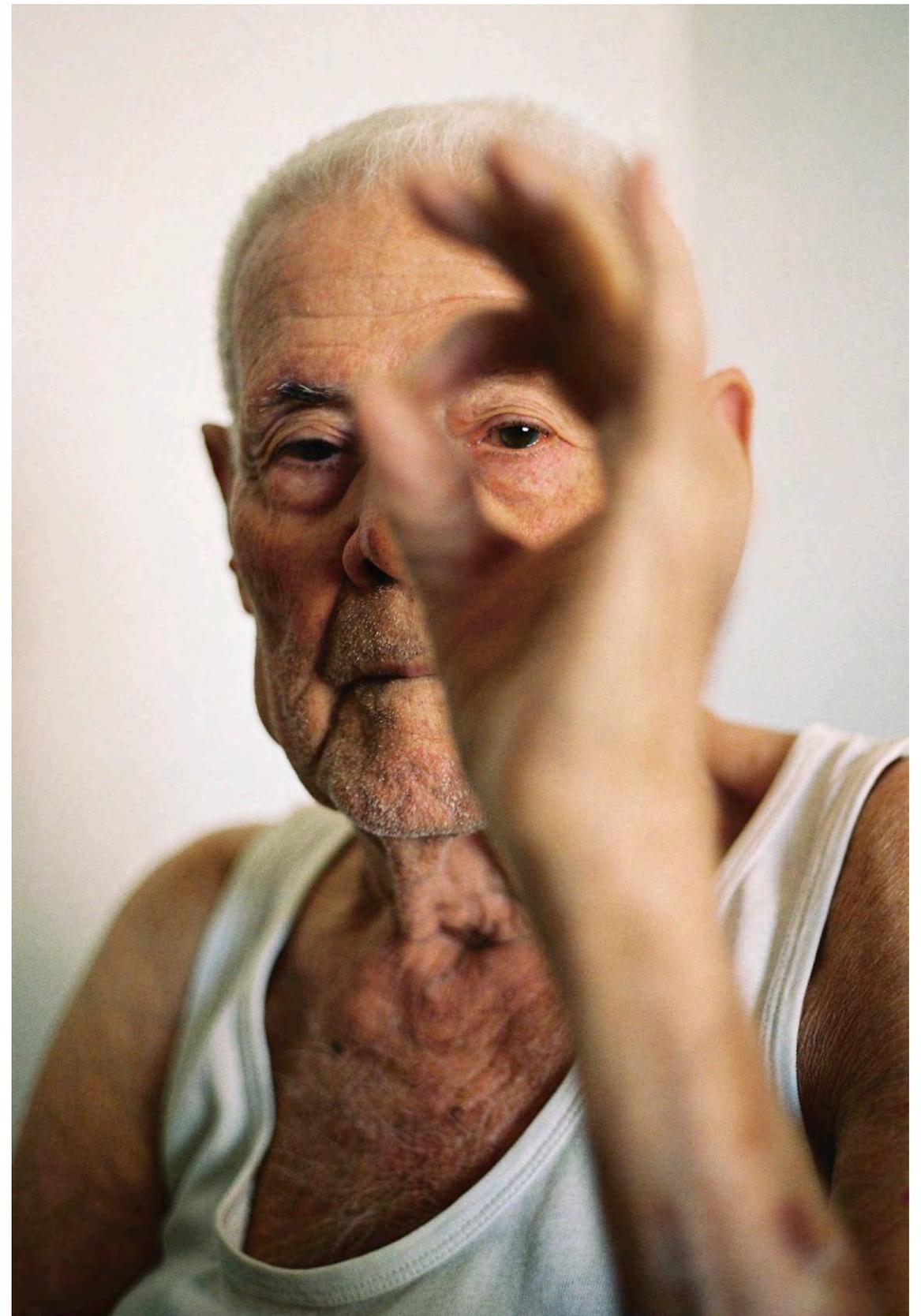
Cuando la vida fue especial porque fue normal porque fui capaz de mantener un temblor de escritura. Cuando bailé y me tragué mi propio sudor. Cuando me tragué el sudor de otras muchachas. Cuando follé por primera vez y por primera vez una chica me comió el culo y entendí la preocupación de nuestras madres y esa preocupación (ese *parámetro*) no significó absolutamente nada para mí.

Yo jamás me olvidé de aquellos especialmente juegos, y al final me publicaron hasta en libros y todo, y con el dinero que me pagaron le compré a mi madre una jartada de paquetes de café y se los puse delante de la cara y sin palabras le dije jártate. Sí, soy una guarra.



# TARTA DE PAÑALES PARA ADULTOS

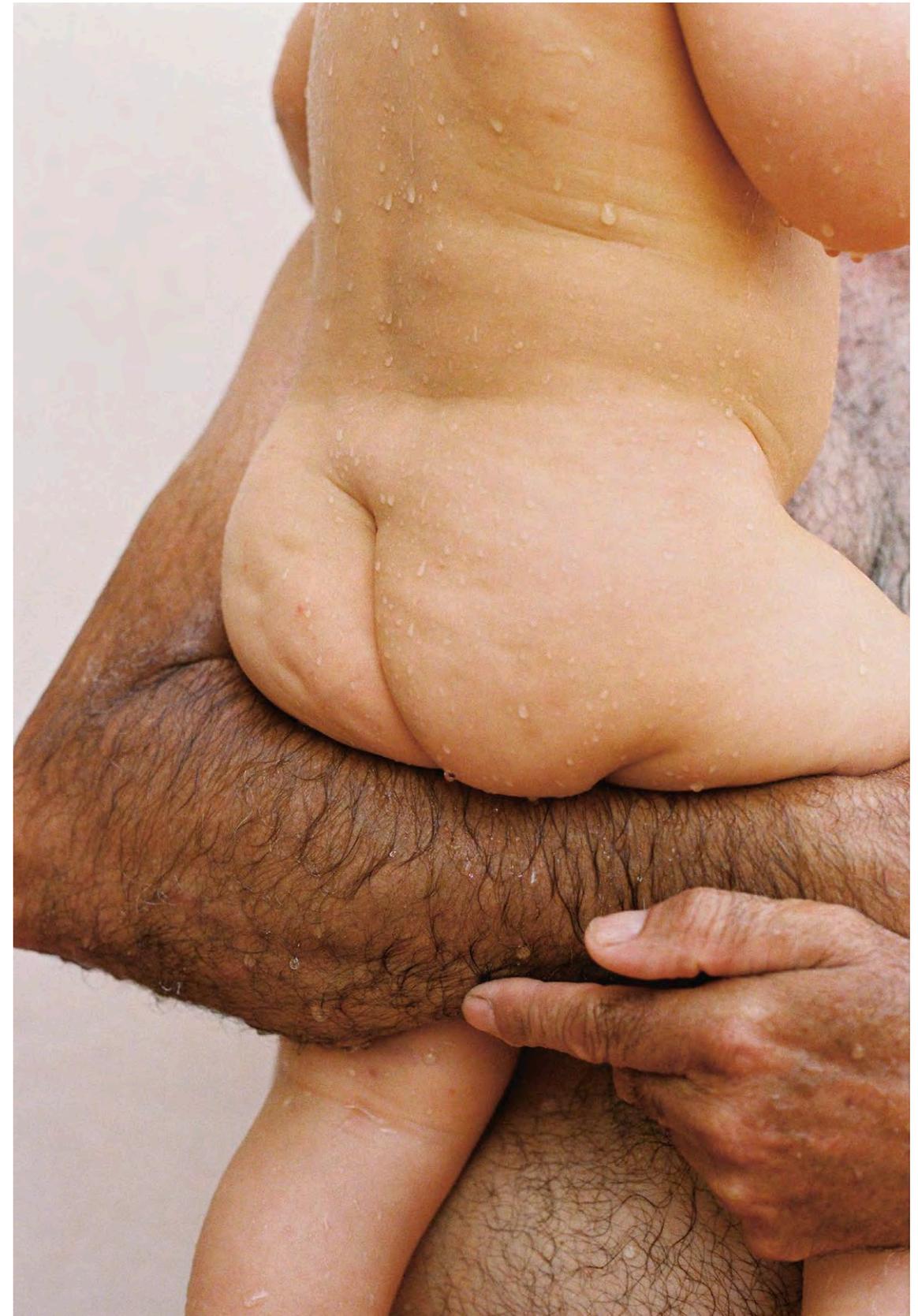
Nerea Pérez de las Heras & Malu Reigal



Las revanchas cósmicas, esas con las que fantaseamos en los desvelos, cuando la cabeza visita los mismos lugares desde diferentes ángulos, no se cumplen nunca. Nunca estás espabilada cuando te hacen esa pregunta que estabas esperando ni tan guapa cuando te topas con el amor perdido, no te importa tanto cuando por fin te reconocen que llevabas la razón.

Las fantasías triunfantes no se cumplen nunca. Al menos, no de la forma imaginada. Yo tuve mi momento. Gané. Pero la victoria se dio a destiempo y la escena fue extraña, brevísima, encerrada en un espacio diminuto, un cuarto de baño que apenas contenía a las dos personas protagonistas de aquel instante de justicia: mi padre y yo. Cambiándole un pañal para adultos, ya en actitud rutinaria por la repetición, le pregunté: «Oye, papá, ¿y tú cuántos pañales me cambiaste a mí?». «Ninguno», me respondió.

Concentradísimas en un diálogo compacto, había varias revelaciones: estaban ahí las décadas de trabajo doméstico mío, de mis hermanas, de mi madre, de mi abuela, de mis ancestras. Estaban ahí, justo en los segundos de silencio previos a responder «ninguno», la conciencia amarga de cuán lejos se puede llegar en esta vida sin tener ni puta idea de los engranajes que la sostienen. También la conciencia tierna del amor. También la seguridad de haber hecho algo bien si yo estaba ahí, agachada frente a un bidé, con una esponja en la mano, asegurándome de que el agua no estuviera demasiado caliente.



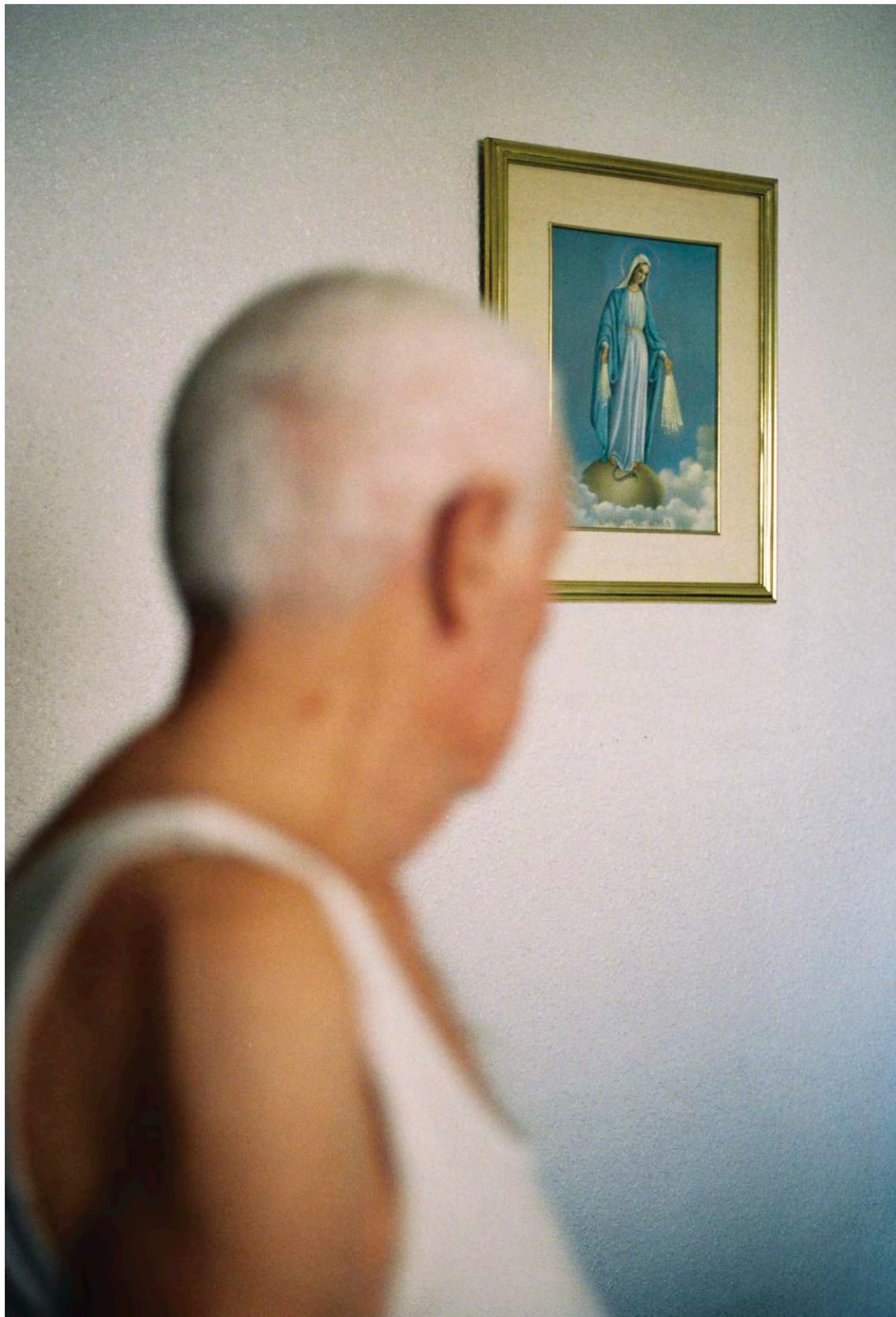
Toda una epifanía con el culo en el centro.

Cuando llegó ese momento, yo era una mujer adulta. Pensaba que mi relación con el culo era irreparable. Estaba extremadamente desgastada después de años trabajando en revistas de moda dirigidas a mujeres, no unos años cualesquiera, sino los años dorados de la nalga hiperbólica. En 2014, Kim Kardashian apareció en la portada de la revista Paper desnuda, de espaldas y mostrando su culo enorme, liso y brillante como una escultura de Jeff Koons, una superficie inverosímil, difícilmente humana. Del reportaje, con fotografías de Jean-Paul Goude, se dijo aquello de que había roto internet. Luego aprendimos que internet se rompía con la facilidad de una goma gastada y que estas fotos suponían solo un paso más en el cambio de pauta que abanderaba esta empresaria.

De los culos puntiagudos del heroin chic de los noventa pasamos a los culos grandes, con Kim Kardashian en la vanguardia del cambio de ciclo: parecer latina era una aspiración, el racismo se manifestaba ya no solo en la violencia individual y estructural, sino también en la usurpación. Las estrellas del pop blancas robaban para sí mismas trenzas, jerga, caderas, bisutería, muslos, gestos y nalgas que la industria había despreciado pocos años antes.

Esto lo sé ahora, claro, entonces no tenía ni idea. Lo del atraco, quiero decir. Entonces mi labor era la de apuntalar el nuevo canon sin darle muchas vueltas.





Cada vez que veo un souvenir, imagino a la gente que los fabrica. Visualizo a esa persona en Vietnam o Bangladés, en el origen de la industria globalizada de la baratija, pegando un imán a una miniatura de plástico del claustro de San Juan de Duero en Soria, y me pregunto qué pensará. En esos años yo manufacturaba el gran relato sobre el culo con el mío clavado en una silla durante horas y horas, y no pensaba en nada.

En aquellas revistas escribía sobre mascarillas de frío para el culo, terapias térmicas, masajes dolorosísimos con instrumentos de madera. Escribía: «No vas a conseguir el culo que quieres sentada en el que tienes». Escribía las direcciones de los templos de la tonificación del culo. No solo eran el ejercicio y las cremas anticelulíticas, la industria hacía metástasis constante, crecía monstruosamente en todas direcciones. Y luego estaban las fotos. Las secciones de belleza de estas revistas, al menos en mis tiempos, eran salas de despiece. Las páginas presentaban descuartizamientos atroces: un ojo maquillado en la 44, unos labios carnosos sobre un finísimo mentón en la 45, una manicura elaborada adherida a una mano suelta en la 46. Las fotos de culos aislados tenían sus propios códigos: recuerdo que las nalgas eran siempre aterciopeladas y color canela en los contextos de playa y brillantes, rechinantes en los de fitness. Siempre eran imposiblemente tersas y uniformes, tanto en los años del canon pre-Kardashian como en la era pos-Kardashian. Es necesario que todo cambie para que todo siga como está.

La última de las publicaciones en las que trabajé compartía redacción con la revista Ser Padres. Para llegar a la salida, tenía que atravesar el espacio ocupado por sus pantallas pobladas de fotos de bebés sonrientes, a veces desnudos, que basculaban sobre sus panzas y mostraban culitos larvarios tan tersos como los de mis modelos troceadas. Compartíamos, los compañeros de la revista Ser Padres y yo, la obsesión por los cuidados del culo. En una ocasión me quedé fascinada por la imagen de lo que parecía un edificio vestido de comunión, algo blanco, vertical y emperifollado.

—Es una tarta de pañales —me dijo la redactora que ocupaba el ordenador.

Me explicó que, desde que la costumbre estadounidense del baby shower se había extendido en España, no era raro regalar arquitectu-

ras de celulosa blanca como la de la foto. Me pareció bien. No estoy en contra del baby shower como tal: allá cada cual con sus rituales, es más, siempre he pensado que quizá habría que empezar a aplicar el concepto de fiesta de bienvenida a más situaciones y hacerle, por ejemplo, un baby shower al riñón de un recién trasplantado.

Solo después de aquel momento trascendental compartido con mi padre en el baño volvió a mí esa imagen. Y, con ella, la imposibilidad de una tarta de pañales para adultos.

Tanto a mis compañeros de la revista Ser Padres como a mí y a gran parte de la sociedad tardocapitalista aparentemente culocéntrica se nos estaba escapando algo, la más importante, la más inevitable, la más transformadora de las versiones del cuidado del culo: el del culo anciano. Paradójicamente, después de tantas cremas hipoalergénicas, toallitas perfumadas, tratamientos anticelulíticos y sentadillas, cuando llegaba la última etapa, el culo quedaba abandonado o atendido con desagrado y en secreto.

Las atenciones hacia ciertos cuerpos frágiles, su aseo, son invisibles y la vida me había traído por fin hasta esta estación escondida. Mi mundo ya no era el de los culos ingravidos con sus propias secciones en prensa, sino el de los improductivos, deficitarios, derretidos, conformados por borbotones de piel, demasiado débiles para romper internet. Por elección propia, tampoco iba a ser nunca el de los tiernísimos culitos de bebé a los que se puede atender fácilmente en cambiadores distribuidos por el espacio público, que se limpian, hidratan y perfuman con placer y cierto orgullo, hasta con un poco de épica pop, «con ganas de llorar, pero con fortaleza».

Comprendo muy bien el entusiasmo. Es fácil dejarse llevar por la ilusión de que al culo infantil se le prepara para la vida futura, para que, cambio tras cambio, baño tras baño, la criatura vaya aprendiendo a ser autónoma, primero torpemente y luego de manera automática, hasta convertirse en un estudiante cumplidor, una aficionada al baile urbano, un oficinista amargado, una modelo de nalgas, un descerebrado que te va a matar a disgustos. La trampa consiste en fingir que al anciano solo se le prepara para ser un cadáver, como si al bebé no. Que todos los ríos van a parar al mar, pero nunca solos: en ciertos tramos hay que empujarlos.

Los pañales para bebés y para ancianos son prácticamente iguales, a veces incluso en el tamaño porque los cuerpos recién estrenados y aquellos consumidos por el tiempo tienen contornos parecidos. Este es el tipo de cosas que se aprenden en la intimidad del cuidado, en los baños diminutos donde florecen las epifanías, y, si una tiene suerte, puede darse un momento de justicia. En los dos extremos de la existencia están presentes el amor, la dependencia, las atenciones infinitas, pero es impensable regalar un trampantojo de tarta hecho con pañales para darle a alguien la bienvenida al final de su vida.